



Las figuritas de arcilla con las que Pahn reconstruye la barbarie

## Rithy Pahn

### «Es fácil para Spielberg, que no vivió el genocidio»

El director camboyano optó al Oscar por «**La imagen perdida**», un rompedor documental

PABLO PAZOS

Probablemente es mi película más personal, es la primera en la que digo "yo", hay mucho de mi infancia. Necesitaba tiempo y distancia para hablar de mi propia historia». Rithy Pahn atiende la llamada de ABC desde Nom Pehn, capital de Camboya, país del que huyó durante la dictadura de los Jemeres Rojos. Un régimen cuya barbarie ha denunciado sistemáticamente en su cine. Con «La imagen perdida» lo que ha hecho es dar el salto a la primera persona. «No quería que fuera una cinta de ficción como "La lista de Schindler" o "La vida es bella". Es mucho más fácil para gente como Spielberg, que no ha vivido el genocidio. Yo lo he sufrido, no puedo interpretar a la víctima o al verdugo. Quizás algún día. Después de 25 años pensando cómo contar la historia, encontré la solución con las figuritas de arcilla».

Figuritas que surgieron durante una visita a su hogar paterno. «Fue como si hubiera descubierto un cuadro de Picasso. Vienen del agua y el barro, se secan con el sol y después se convierten en polvo. Me gusta esa idea. Es muy pura, muy expresiva, muy poética, muy fuerte». Poesía que defiende como necesaria frente a la represión: «Debemos seguir creando, es una prueba de que los regímenes totalitarios no pueden destruirte, de que puedes sonreír y amar». Esas figuritas, alternadas con grabaciones de los Jemeres Rojos, dan un sabor especial al filme, que optó al Oscar el pasado mes de marzo. «Inicialmente quería hacer un documental más clásico, encontrar la imagen perdida», relata Pahn, que descubrió el cine, ya en Francia, como un vehículo para contar lo que había vivido y

### Monumento sin documento

«**LA IMAGEN PERDIDA**» ★★★★★  
Dirección: Rithy Pahn.

Ahora se habla mucho de un concepto tan absurdo como el «documental de animación». El camboyano afincado en Francia Rithy Pahn, superviviente de un campo de trabajo de los Jemeres Rojos, da un paso más allá: utiliza muñequitos de arcilla, inanimados, pero que resultan terriblemente expresivos. El motivo es que la poética voz en off con la que Pahn rememora nos hace proyectar sobre ellos la emoción y la indignación. No son un documento, precisamente sustituyen «la imagen que falta», representan la ausencia de imágenes evidenciales que los verdugos se ocuparon de evitar, pero acaban propiciando una forma de exorcismo. Son un monumento en recuerdo del trauma, a su minúscula manera tan elocuente como los ensayos de Didi Huberman sobre las imágenes nazis. Y como eficaz contrapunto Pahn inserta los filmes oficiales de propaganda: sus imágenes de una forzada colmena de trabajadores construyendo la sociedad nueva de Pol Pot resultan todavía más terribles. / A. W.

sufrido. «Intento encontrar la forma de devolverles la dignidad a aquellos que me ayudaron, contar al mundo cómo luchó esa gente». Al cineasta camboyano le duele que Ruanda o Bosnia reprodujeran las atrocidades de su país. «Todo el mundo habla de los tsunamis porque no hay responsabilidad moral. Pero no hablamos de los genocidios. Y por eso se repiten».

## La dulce vida

### Viaje al Este



POR FERNANDO R. LAFUENTE

«**L**a Historia no es otra cosa que la narración coherente de la locura crónica tribal (genérica) y de su lenta curación (cabe esperar que dentro de tres mil años habrá dos o tres locuras menos)». El memorialista Alexandr Herzen (Moscú, 1814-París, 1870, su muerte en la capital francesa no fue casual, como tantos otros demócratas rusos murió en el exilio, antes había fundado en Londres la revista revolucionaria «La campana»), es el autor de una delicadísima pieza literaria, «**Doctor Krupov**» (1847), ahora recuperada para el lector español gracias a la excelente labor, discreta y elegante, de Ardicia Editorial (en el volumen se incluye también otro relato del autor, «La urraca ladrona», 1848). Herzen, un liberal de los de antes, desmontó todos los providencialismos y materialismos al enunciar con una precisión condenadamente espeluznante que «la Historia no tiene guión», y en esta breve *nouvelle* no solo insiste en ello, «la Historia es la autobiografía de un loco», sino que tras la pantalla de la ficción realiza un dibujo implacable con paradójicos trazos grotescos del sinsentido y «la embriaguez de despropósitos» en que las gentes consumen sus vidas.

Krupov relata sus investigaciones sobre la locura, elabora informes, atiende a los pacientes, reside en manicomios, allí le sorprenderá al narrador: «El parecido de los funcionarios del

tribunal con los enfermos (...) la principal diferencia entre los escribanos y los enfermos era la forma de ingresar». No es un mundo al revés el que asombra a Krupov, sino las diversas formas de desquiciamiento que una sociedad moderna puede aceptar sin considerarlas una locura más, sin catalogar. Venturosamente cínico, profundamente irónico -magistral el golpe final-, aquí el historiador se trueca en novelista y logra el mayor anhelo como tal, contar la verdad en medio de las mentiras. Breve y rotunda. Genial.

Ante fastuosas producciones de vértigo y kilos de millones de presupuesto, se alza un cine europeo que retoma y anhela las glorias pasadas. Que sigue la estela de la mejor tradición y logra pequeñas obras maestras, tan discretas en su distribución como grandes en su realización. «**Ida**» del polaco Pawel Pawlikowski, es el ejemplo más cabal de todo ello. Su cine se relaciona con nombres tan señeros como Dreyer, Bresson, Bergman o su contemporáneo Haneke. No es para menos. Todo en esta maravillosa y dura historia respira cine y después más cine. El relato de una joven novicia en la catolicísima Polonia en busca azarosa de un pasado oculto es un viaje al Este, pero no geográfico, sino a la semilla, al comienzo. En blanco y negro, con silencios elocuentes y planos sombríos, la película respira cercanía, mientras un eco de la música de John Coltrane tiñe las imágenes de una rara melancolía.

Tras la locura y la memoria, un obligado alto en **Viuda de Vacas**, un clásico en las casas de comidas madrileñas. ¿Por dónde empezar? ¿Por los callos que brillan en el plato? ¿Por la sugerente gallina en pepitoria? Una carta sencilla, ahí el jamón asado, el morcillo -delicioso-, los tan solicitados calamares en su tinta, el homenaje a nuestros vecinos con el bacalao a la portuguesa. Cocina de carbón y cocina de casa. Pero de las casas que ya no quedan. Ahí está la cuestión. Todo es un viaje hacia el Este, que es como un viaje hacia uno mismo.

#### «**Doctor Krupov**»

► Alexandr Herzen. Ardicia Editorial, 2014. 112 págs. 14,90 euros. Traducción Sara Gutiérrez

#### «**Ida**»

Director. Pawel Pawlikowski. Con A. Trzebuchowska, A. Kulesza, J. Kulig. Polonia. 2013. 80 minutos

#### **Viuda de Vacas**

Aguila, 2. Tel. 91 366 5847. 28005 Madrid. 30 euros

«**Ida**» nos remite al cine de Dreyer, Bresson, Bergman o Haneke